

“Echate este vestido... te pones un manto, un pañuelo por la cabeza...”

Refugio pasó á la alcoba. Desde ella dijo: “mi corsé,” y la de Bringas corrió á llevárselo y le ayudó á ceñírselo. Cuando estaban en tal operación, la taimada se dejó decir esto:

“Bien podía el señor de Pez librarla á usted de estas crujías... Pero no siempre se le coge con dinero. Tronadillo anda el pobre ahora...”

Rosalía no dijo nada. La vergüenza le quemaba el rostro y le oprimía el corazón. Lo que hizo fué apretar el corsé y tirar furiosamente del cordón, como si quisiera partir en dos mitades el cuerpo de la diablesa.

“Señora, por Dios, que me divide usted... Yo no me aprieto tanto. Eso se deja para las gordonas que quieren ponerse un tallecito de sílfide... Qué le parece, ¿me peinaré?”

—No... recógete el pelo con una redecilla, con una cinta... Así estás muy bien... estás mejor... con esa melena alborotada... Pareces una Herodías que hay en un cuadro de Palacio... Vamos, avíate... súbete esos pelos... Mira que es muy tarde... A ver, yo te ayudaré...”

Sentóse Refugio, y la Bringas le arregló la abundante cabellera en un periquete.

“Vaya una doncella que me he echado... — dijo la de Sánchez riendo. — ¡Tanto honor...!”

Y luego, cuando parecía dispuesta á salir, se puso á cantar y á dar vueltas por el gabinete. Rosalía vió con terror que se sentaba en un sillón con mucha calma.

“¡Pero, mujer!...”, exclamó la Bringas sulfurada...

Había en su cerebro un rebullicio como el de los relojes de pared momentos antes de dar la hora. Y la otra, con refinada calma, dijo así:

“Hace mucho calor; no tengo ganas de salir.

—Pero tú... ¿juegas... ó qué...?”

—No se apure usted, señora; no se encabrite, no se encumbre—replicó la Sánchez.—Si se me viene con sofoquinas y con aquello de *ordeno y mando*, no hemos hecho nada. Usted en su casa, y yo en la mía. Los cinco mil reales... mírelos usted: aquí están. Por no salir se los voy á dar, y yo buscaré lo que necesito...”

XLVIII

Como, á pesar de esto, no se los ponía en la mano, Rosalía estaba en ascuas.

“Y le voy á dar un consejo—prosiguió la miserable,—un buen consejo, para que vea que me intereso por la familia. Y es que no ande en líos con doña Milagros, que es capaz de volver del revés á la más sentada. Métase en su rincón, á la vera del pisa-hormigas, y déjese de historias... No vaya más á casa de Sobrino, y créame. Es mucho Madrid éste. No se ffe de los cariñitos de la Tellería, que es muy ladina y muy cuca...”

Rosalía daba cabezadas de aquiescencia. Por fin, la Sánchez puso en su mano los billetes... ¡Oh! ¡qué descanso sintió en su alma la desdichada señora!... Por si á la diablesa se le ocu-

rría quitárselos, decidió marcharse sin tardanza.

—¿Qué, se va usted?

—Es muy tarde. No puedo perder ni un minuto. Ya sabes que te lo agradezco mucho. ¡Ah!... ¿Quieres que hagamos un recibito?

—No hace falta—dijo Refugio con arranque, echándose las de noble y desprendida.—Entre personas de la familia... ¡Ah! esta tarde le mandaré el sombrero y las demás cosillas.

—Como quieras...

—Aguarde un momento, que le voy á decir una cosa.

—¿Qué?—preguntó Rosalía aterrada otra vez.

—Le voy á contar lo que dijo de usted la Marquesa de Tellería.

—¿De mí?

—De usted... ahí, sentadita en ese mismo sillón. Me parece que la estoy oyendo. Fué el día antes de marcharse á baños. Vino á comprarme unas flores artificiales. Habló de usted y dijo... ¡qué risa!... dijo que era usted ¡una cursi!..

Rosalía se quedó petrificada. Aquella frase la hería en lo más vivo de su alma. Puñalada igual no había recibido nunca. Y cuando bajaba presurosa la escalera, el dolor de aquella herida del amor propio la atormentaba más que las que había recibido en su honra. ¡Una cursi! El espantoso anatema se fijó en su mente, donde debía quedar como un letrero eterno estampado á fuego sobre la carne.

“Dios mío, lo que he padecido hoy sólo Tú

lo sabes... Creo que me han salido canas—pensaba al ir en coche á casa de Torquemada.—¡Qué Gólgota!...”

Y fué y subió anhelante, porque ya habían dado las tres. Pero tuvo la suerte de encontrar al inquisidor, ya impaciente y dispuesto para ir á Palacio. La recibió sonriendo, y preguntó-le por la salud de la familia. La adoración de la rosquilla formada con los dedos no la mortificó tanto como otros días. El gusto de conjurar aquel gran peligro y de librarse de acreedor tan antipático, no le permitía fijarse en exterioridades más ó menos cargantes. Abreviando la sesión lo más posible, se despidió. ¡Las humillaciones de aquel día la tenían tan nerviosa...!

“No puede ser que Milagros haya dicho eso de mí—pensaba, camino de Palacio, atormentada por aquella inscripción horrible que le quemaba la frente.—Es mentira de esa bribona... ¡Qué día! Cuando llegue á casa, lo primero que he de ver es si me he llenado de canas. La cosa no ha sido para menos.”

Y lo primero que hizo fué mirarse al espejo. Digámoslo para tranquilidad de las damas que en situación semejante se pudieran ver. Nó le había salido ninguna cana. Y si le salieron, no se le conocían. Y si se le conocieran, ya habría ella buscado medio de tapparlas.

Lo que sí está fuera de toda duda es que á consecuencia de los contratiempos de aquellos días, estaba la señora tan aplanada y con los espíritus tan decaídos, que su esposo llegó á figurarse que había perdido la salud. “Tú tie-

nes algo; no me lo niegues. ¿Quieres que venga el médico?... Ya ves: si hubieras tomado los baños de los Jerónimos, otro gallo te cantara... Pero ella aseguraba no tener nada, y si no se opuso á que viniera el médico, tampoco declaró á este ninguna dolencia terminante. Todo era cosa de los pícaros nervios, esos diablillos que se divierten en molestar á las señoras distinguidas, cuando no les ayudan en sus disimulos. Lo positivo en la desazón de la de Bringas era su tristeza, temores de todo y por la menor causa, inapetencia, y principalmente una manera especial y novísima de considerar á su marido. Si en la estimación que por él sentía había una baja considerable, las formas externas del respeto acusaban cierto refinamiento y estudio. A diversos juicios se presta esto; pero en la imposibilidad de poner en luz de evidencia las causas de tal sibaritismo de afectos exteriores, hay que recurrir á la hipótesis, y ver en ellos algo semejante á las zalamerías que se emplean para catequizar á un empleado de Aduanas cuando se quiere pasar contrabando. Rosalía probaba el sistema pacífico y venal para el alijo de sus trapos. Poco á poco iba exhibiéndolos. Cada día reparaba don Francisco algo nuevo, trabándose una discusión que ella intentaba aplacar con graciosos embustes y con caricias y términos dulzones. Pero no siempre lo conseguía, y el honrado señor llegó á preocuparse seriamente de aquellos lujos que salían por escotillón, como las sorpresas de teatros. Más de una vez se manifestó inflexible en la demanda de explicacio-

nes, preparándose á oirlas con un arsenal de lógica, ante cuyo aparato temblaba la esposa como un criminal ante las pruebas. Pero ya ella se iba curtiendo poco á poco, ó mejor dicho, blindándose contra aquella fiscalización impertinente. Empezó por no tomarla muy á pechos y por no importársele mucho que el ratoncito Pérez creyera ó no lo que ella decía. Ya estaba resuelta á explicar sus irregularidades con la incontrovertible lógica del *porque sí*, cuando un acontecimiento gravísimo vino á librarla de aquella pena, porque el aduanero se volvió como tonto y olvidó completamente sus papeles. Aquel trastorno moral y mental de Bringas fué de la manera siguiente:

Una mañana bajó á la oficina tan tranquilo como de costumbre, y todavía no había puesto los codos sobre la mesa, cuando uno de sus compañeros, el señor de Vargas, se llegó á él y le dijo al oído: "Se ha sublevado la Marina... Parecióle á Bringas tan absurda la noticia, que se echó á reír. Pero Vargas insistía, daba detalles, recitaba el texto de los telegramas... Don Francisco estuvo largo rato aturdido, como el que recibe un canto en la cabeza. Ni aun podía respirar... El otro añadió, para acabar de desconcertarle, palabras más lúgubres. "El diluvio, amigo Bringas... Ahora sí que es de veras... Recobrado un tanto nuestro economista, fué con su amigo y otros empleados al cuarto del subintendente (el intendente estaba en San Sebastián), y allí vió á otros individuos de la casa, todos consternadísimos. "La cosa es muy seria... ¡Qué infamia!... ¡La Marina

española!... ¿Pero cómo? Ya se ve: en cuanto ha tenido buques... Si parece cuento... Y el Gobierno, ¿qué hará?... Mandar un ejército inmediatamente... Pero quiá: si es un torrente... Cádiz sublevada, Sevilla sublevada, toda Andalucía ardiendo... Pobre *Señora*... Bien se lo decían, y ella sin hacer caso... ¿Y los Generales que estaban en Canarias?... Pues en Cádiz. ¿Y Prim? Navegando hacia Barcelona... En fin, la de acabóse.,

Esto ocurría el 19. Bringas subió á su casa más muerto que vivo. Todo el día y los siguientes estuvo como lelo: no comía, no dormía, no hacía más que pedir noticias, abrazar casi llorando á los que las traían favorables, despedir á cajas destempladas á los que las referían adversas. El pobre señor, abstraído de todo, se olvidó hasta de la administración de su casa. Si en aquellos días se viste su mujer de Emperatriz de Golconda, la mira y se queda tan fresco.

Con la pérdida del apetito trastornóse su naturaleza. Francamente, había motivo para temer en él una perturbación grave. Andaba con dificultad, pronunciaba torpemente algunas palabras, y el órgano de la visión había vuelto á sus antiguas mañas, alterando y coloreando de un modo extraño los objetos. ¡Qué lástima, estropearse así cuando iba tan bien de la vista, que determinó concluir la obra de pelo, de la cual faltaba muy poco! “Nada, nada—solía decir:—si esta gran infamia prevalece, yo me muero.,”

Rosalía y Paquito de Asís también estaban

muy alicaídos, si bien la primera tenía momentos en que la curiosidad podía más que la pena.

La revolución era cosa mala, según decían todos; pero también era lo desconocido, y lo desconocido atrae las imaginaciones exaltadas, y seduce á los que se han creado en su vida una situación irregular. Vendrían otros tiempos, otro modo de ser, algo nuevo, estupendo y que diera juego. “En fin —pensaba ella,— veremos eso.,”

Pez continuaba yendo á la casa; mas ella le había tomado tal aversión, que apenas le dirigía la palabra. Con respecto á esto, los pensamientos de la orgullosa dama eran tantos y tan varios, que no acertaré á reproducirlos. Hacía propósito de no volver á pescar alimñas de tan poca substancia, y se figuraba estar tendiendo sus redes en mares anchos y batidos, por cuyas aguas cruzaran gallardos tiburones, pomposos ballenatos y pejes de verdadero fuste. Su mente soñadora la llevaba á los días del próximo invierno, en los cuales pensaba inaugurar una campaña social tan entretenida como fructífera. Esquivando el trato de Peces, Tellerías y gente de poco más ó menos, buscaría más sólidos y eficaces apoyos en los Fúcares, los Trujillo, los Cimarra y otras familias de la aristocracia positiva.

XLIX

Era el acabamiento del mundo... Don Francisco oyó, gimiendo, que también se pronunciaban Béjar, Santoña, Santander y otras plazas. El señor de Pez, con una crueldad sin ejemplo, dijo á su amigo que no pensara en que tal derrumbamiento se podía componer, pues la Reina estaba perdida y no tenía más remedio que meterse en Francia... ¡Bien había dicho él, bien había anunciado, bien había pronosticado y vaticinado lo que estaba pasando!

Cándida, por el contrario, traía buenas noticias... "Novaliches sale con un ejército atroz, pero muy atroz... Verá usted cómo los desbarata en un decir Jesús... Cuentan que en algunos pueblos de Andalucía han rechazado á los rebeldes... Aquí hay mucha gente que quiere alarmar, y pinta las cosas con colores demasiado vivos. Yo he oído que no es tanto como se dice."

Bringas le dió un abrazo. "¿Y el titulado Prim, dónde está?—preguntó.

—Oí que le habían dado un tiro... Y si no, se lo darán más tarde... Yo sostengo que si la Reina tuviera ánimo para venirse acá y presentarse, y echar una arenga, diciendo: *todos sois mis hijos*, se arreglaría esto fácilmente."

Lo mismo pensaba Bringas; pero él hubiera

preferido que resucitara Narváez, cosa un poco difícil. "¡Oh! si don Ramón viviera... Pues como esto no se resuelva pronto, vamos á tener en Madrid una degollina, porque como aquí hay poca tropa, los llamados demócratas ó demagogos se echarán á la calle. Tendremos una guillotina en cada plazuela... Cada día estaba el pobre señor más enfermo. Se admiraba de la tranquilidad de sus compañeros, que habían tomado con calma la catástrofe, y no creían imposible colarse en cualquier otra oficina, si la revolución hacía tabla rasa del Patrimonio Real. Y tan indecorosa hallaba la idea de la defección, que aseguraba estar dispuesto á pedir una limosna por las calles antes que una credencial á los titulados revolucionarios.

"Pero, hombre, no te apures—le decía su mujer.—Volverás á los Santos Lugares.

—¿Pero tú crees, tonta, que van á quedar Lugares Santos? Todos serán lugares pecadores. Verás la que se arma: guillotinas, sangre, ateísmo, desvergüenza, y, por fin, vendrán las naciones... no te creas, ya puede que estén viniendo... en socorro de la Reina; vendrán las naciones, y se repartirán nuestra pobre España."

Casi le da al buen señor un ataque apoplético el día 29 cuando se supo en Madrid lo de Alcolea. Madrid se pronunciaba también. Llevó la noticia Paquito, que había pasado por la Puerta del Sol y visto mucha gente... Un General arengaba á la muchedumbre, y otro se quitaba las hombreras del uniforme. Después

de esto, la gente corría por las calles con más señales de júbilo que de pánico. Grupos diversos recorrían las calles dando vivas á la Revolución, á la Marina, al Ejército, y diciendo que Isabel II no era ya Reina. Algunos llevaban banderas con diferentes lemas, y otros quitaban las reales coronas de las tiendas. Todo esto lo contó Paquito de Asís á su papá, atenuando lo que le parecía que había de serle desagradable. El pobre chico tenía que disimular, porque si bien su entendimiento se amoldaba á las ideas de su padre, era niño y no podía sustraerse á la fascinación que la libertad ejerce sobre todo espíritu despierto que empieza á enredar con los juguetes del saber histórico y social. Contando aquellas cosas en tono de duelo y consternación, un gozo extraño, incomprensible, le retozaba por todo el cuerpo. No acertaba á comprender la causa de ello; pero era sin duda que su alma no había podido precaverse contra el alborozo expansivo de la capital, y lo había respirado como los pulmones respiran el aire en que los demás viven.

“Ya no hay remedio — dijo Bringas, sacando fuerzas de su extremado abatimiento. — Ahora preparémonos. Que sea lo que Dios quiera. Resignación. Las turbas no tardarán en invadir esta casa para saquearla... No perdonarán á nadie. Mostrémonos dignos; aceptemos el martirio...”

Se le atravesaba algo en la garganta... Callaron todos, atendiendo á los ruidos que en los pasillos de la ciudad sonaban y en el patio.

Gran zozobra reinaba en toda la casa. Los vecinos salían á las puertas á saber noticias y á comunicarse sus impresiones. Bajaban algunos, ansiosos de saber si ocurrían novedades; pero en el patio había gran silencio, y aunque las puertas permanecían abiertas, no entraba bicho viviente. Cuando menos se la esperaba, entró Cándida turbadísima, diciendo entre ahogados gemidos:

“Ya... ya...”

—¿Qué, señora, qué hay?

—El saqueo... ¡Ay, don Francisco de mi alma!... Por la calle de Lepanto hemos visto bajar las turbas. ¡Pero qué fachas, qué rostros patibularios, qué barbas sin peinar, qué manos puercas!... Nada, que ahora nos degüellan.

—Pero la guardia de Palacio... los alabarderos...

—Si deben andar sublevados también... Todos son unos. ¡El Señor nos asista y no nos deje de su mano!”

Hubo un rato de pánico en la casa; mas no fué de larga duración, porque los Bringas, saliendo al pasillo, vieron que por allí discurrían algunos vecinos de la ciudad, tan sosegados como si nada pasara.

“¿Pero qué hay?”

—Nada: unos cuantos chiquillos que están alborotando en el portal; pero no hay cuidado. Del Ayuntamiento han mandado una guardia...”

Paquito de Asís bajó, contra la opinión de su padre, que temía cualquier catástrofe ines-

perada, y á la media hora subió contando lo que ocurría.

—Abajo hay una guardia de paisanos.

—¿Con armas?

—Sí: de las que cogieron esta tarde en el Parque... Pero es gente pacífica. Unos llevan sombrero, otros gorra, éste montera y aquél boína. Parece que están de broma.

—Sí: para bromitas estamos... ¿Y la tropa?

—Se ha retirado al cuartel.

—De modo, ¡Santo Cristo del Perdón! que estamos en poder de la canalla, de los descamisados, de *las llamadas* masas...

—Han puesto un cartel que dice: *Palacio de la Nación, custodiado por el Pueblo.*

—Sí, buena cuenta darán...—dijo Bringas con dolor vivísimo.—No va á quedar en Palacio ni una hilacha. La suerte es que antes de llegar aquí tienen mucho en que cebarse, y cuando suban á estos barrios, ya estarán tan hartos, que...

Continuó durante la noche la intranquilidad. Bringas y otros muchos vecinos no se acostaron é hicieron traer provisiones para muchos días. A cada instante temían verse acometidos por las turbas. Pero con gran sorpresa observaron que ningún ruido turbaba la paz augusta del Alcázar. Parecía que la institución monárquica dormía aún en él, tranquila y sosegada, como en los buenos tiempos.

En la mañana del 30, Cándida entró muy sofocada. —¿No saben lo que pasa?—dijo antes de saludar.

—¿Qué, señora, qué?—preguntaron todos con

la mayor ansiedad, creyendo que algo muy estupendo había ocurrido.

—Pues que esa pobre gente que custodia á Palacio no ha cenado en toda la noche. Desde media tarde de ayer están ahí, y nadie se ha acordado de mandarles algo con que alimentarse. Yo no sé en qué piensa la Junta, porque han de saber que hay una Junta que llaman revolucionaria, ni el Ayuntamiento. Crea usted que da lástima verlos. Yo bajé esta mañana y estuve hablando con ellos. No crea usted, señor don Francisco: unos pobrecillos, almas de Dios. Como no nos manden acá otros descamisados que esos, ya podemos echarnos á dormir. Algunos se subieron á las habitaciones reales, y andaban por allí hechos unos bobos, mirando á los techos. Otros preguntaban por las cocinas. ¡Era un dolor, una cosa atroz, hijo, verles muertecitos de hambre! Me daba una lástima, que no puede usted figurarse. Mis vecinas y otras muchas personas del tercero les han bajado al fin alguna cosilla, y en el portal grande están sentados en grupos. Para una tortilla hay treinta bocas; para una botella de vino, cincuenta. En fin, es una risa. Baje usted y verá, verá. No hay miedo: son unos angelotes. ¿Robar? Ni una hebra. ¿Matar? Si acaso alguna paloma. Dos ó tres de ellos se han entretenido en cazar á nuestras inocentes vecinas; pero con muy mala fortuna. Los revolucionarios tienen mala puntería.

—¡Pobres palomas!... En efecto—dijo Bringas,—yo he sentido tiros esta mañana.

—Pocas han caído. A mí me han regalado

tres, gordísimas... Le digo á usted que esos infelices son la mejor gente del mundo.

—A mí que no me digan—exclamó Bringas amostazado.—Eso no cuele, eso es patraña. Aquí hay algún intríngulis. Y si es verdad lo que usted dice, esa no es canalla, lo repito, esa no es canalla: son caballeros... disfrazados.,,

L

Quando las cosas marcharon con regularidad y se aseguró en Madrid el orden, apenas turbado, y la Junta se apoderó de Palacio en toda regla, nombrando quien lo custodiase, y estableciendo en él una guardia del ejército, los habitantes del barrio palatino se tranquilizaron por completo respecto de su seguridad personal; mas otra especie de inquietud les embargaba, y era que no tardarían en ser expulsados de lo que había venido á ser el *Palacio de la Nación*. Muchos empezaban á hacer sus cábalas para quedarse. Otros, como Bringas, querían manifestar á la revolución su desprecio, desalojando en seguida la vivienda que no les pertenecía. Tuve ocasión de conocer y apreciar los sentimientos de cada uno de los habitantes de la ciudad en este particular, porque mi suerte ó mi desgracia quiso que fuese yo el designado por la Junta para custodiar el coloso y administrar todo lo que había pertenecido

á la Corona. Desde que me instalé en mi oficina, faltábame tiempo para oír á los vecinos angustiados de la ciudad. A algunos, por razón de su cargo, no había más remedio que dejarles, pues ellos solos conocían ciertos pormenores administrativos que debían conservarse. En este caso estaban los guarda muebles y la guarda-ropa. Otros exponían sutiles razones para no salir, y no faltó quien alegase méritos revolucionarios para ser inquilino de la Nación, como antes lo había sido de la Monarquía. Todos traían cartas de recomendación de diferentes personajes caídos ó por caer, levantados ó por levantar, pidiendo con ellas, ó bien alojamiento perpetuo, ó bien prórroga para mudarse. La viuda de García Grande trájome una carga tan espantosa de tarjetas y cartas, que por no leerlas le permití que ocupara su cuarto todo el tiempo que quisiera.

Yo sabía que Bringas deseaba salir inmediatamente. Pero su esposa fué á verme para suplicarme que les permitiese estar un mes en Palacio, mientras buscaban casa, á lo que accedí de muy buen grado. Hablando de aquellos extraordinarios y nunca vistos sucesos, díjome la distinguida señora que ella no miraba la revolución con ojos tan implacables como su marido; que confiaba en la vuelta de la Reina, porque los españoles no se podían pasar sin ella, y que, en tanto, había que esperar los sucesos para juzgarlos. Vendrían seguramente tiempos distintos, otra manera de ser, otras costumbres; la riqueza se iría de una parte á otra; habría grandes trastornos, caídas y eleva-

ciones repentinas, sorpresas, prodigios y ese movimiento desordenado é irreflexivo de toda sociedad que ha vivido mucho tiempo impaciente de una transformación. Por lo que la Bringas dijo, fuera en estos términos ó en otros que no recuerdo, vine á comprender que la imaginación de la insigne señora se dejaba ilusionar por lo desconocido.

Quise tener con Bringas la consideración de subir á notificarle personalmente que podía permanecer en la vivienda todo el tiempo que quisiera. Pero él, dándome las gracias, aseguró que no quería deber favores á la titulada Nación y que no veía las santas horas de salir de allí. Pez estaba presente, y hablamos todos de los sucesos de aquellos días, y de la Junta y del Gobierno Provisional que se acababa de formar. A Bringas le sacaba de quicio que Pez no estuviera tan indignado como debía esperarse de sus antecedentes. Pero éste, con reposado lenguaje y juicioso sentido, se defendía enalteciendo la teoría de los hechos consumados, que son la clave de la Política y de la Historia. “¿Pues qué, vamos á derramar torrentes de sangre?—decía.—¿Qué ha pasado? Lo que yo venía diciendo, lo que yo venía profetizando, lo que yo venía anunciando. Hay que doblar la cabeza ante los hechos, y esperar, esperar á ver qué dan de sí estos señores. Además, el gran Pez creía que la Unión liberal en la revolución era una garantía de que ésta no iría por caminos peligrosos. El esperaba tranquilo y cesante, y había dicho á los septembrinos: “Ahora veremos qué tal se portan ustedes.

Yo creo que lo harán lo mismo que nosotros, porque el país no les ha de ayudar...” ¡Y qué feliz casualidad! Casi todos los individuos que compusieron la Junta eran amigos suyos. Algunos tenían con él parentesco, es decir, que eran algo Peces. En el Gobierno Provisional tampoco le faltaban amistades y parentescos, y á donde quiera que volvía mi amigo sus ojos, veía caras pisciformes. Y antes que casualidad, llamemos á esto Filosofía de la Historia.

Mis reiteradas instancias no hicieron desistir á Bringas de su propósito de desalojar la casa. Su señora, que entró en mi despacho á darme gracias el día mismo de la mudanza, díjome que habían tomado una casa muy modesta; pero que tomarían otra mejor, pues ella no podía vivir en un tugurio estrecho y más alto que la torre de Santa Cruz. ¡Bringas cesante, Paquito cesante! Esta situación era verdaderamente un cataclismo económico-bringuístico, y no inducía á pensar en grandezas. Pero de un modo ó de otro, la familia tenía que hacer esfuerzos para no desmerecer de su dignidad tradicional y mostrarse siempre en el mismo pie decoroso. “En estas críticas circunstancias—me dijo después de una larga conferencia en que me agració con miradas un tanto flamígeras,—la suerte de la familia depende de mí. Yo la sacaré adelante.”

Cómo se las compondría para este fin, es cosa que no cae dentro de este relato. Las nuevas trazas de esta señora no están aún en nuestro tintero. Lo que sí puede asegurarse, por referencias bien comprobadas, es que en lo su-

cesivo supo la de Bringas triunfar fácilmente y con cierto donaire de las situaciones penosas que le creaban sus irregularidades. Es punto incontrovertible que para saldar sus cuentas con Refugio y quitarse de encima esta repugnante mosca, no tuvo que afanarse tanto como en ocasiones parecidas, descritas en este libro. Y es que tales ocasiones, lances, dramas mansos, ó como quiera llamárseles, fueron los ensayos de aquella mudanza moral, y debieron de cogerla inexperta y como novicia.

Francamente, naturalmente, les ví salir con pena. El día que salieron, la ciudad alta parecía una plaza amenazada de bombardeo. No había en toda ella más que mudanzas, atropellado movimiento de personas y un trasiego colosal de muebles y trastos diversos. Por las obscuras calles no se podía transitar. Gozaba extraordinariamente con aquel espectáculo Alfonso Bringas, que habría deseado encargarse del transporte de todo en carros de su propiedad.

Al ratoncito Pérez daba lástima verle. Apoyado en el brazo de su señora, andaba con lentitud, la vista perturbada, indecisa el habla. Serena y un tanto majestuosa, Rosalía no dijo una palabra en todo el trayecto desde la casa á la Plaza de Oriente; mas de sus ojos elocuentes se desprendía una convicción orgullosa, la conciencia de su papel de piedra angular de la casa en tan afflictivas circunstancias.

En términos precisos oí esto mismo de sus propios labios más adelante, en recatada entrevista. Estábamos en plena época revolucio-

naria. Quiso repetir las pruebas de su ruinosa amistad; mas yo me apresuré á ponerles punto, pues si parecía natural que ella fuese el sostén de la cesante familia, no me creía yo en el caso de serlo, contra todos los fueros de la moral y de la economía doméstica.

FIN DE LA DE BRINGAS

Madrid, Abril-Mayo de 1884.

